

## **MI ÚLTIMO SUSPIRO**

Mon dernier soupir

Luis Buñuel, 1982

EXTRACTOS (\*)

### ÍNDICE

*Dedicatoria*

*Memoria*

*Recuerdos de la edad media*

*Los tambores de Calanda*

*Zaragoza*

*Los recuerdos de Conchita*

*Los placeres de aquí abajo*

*Madrid: la Residencia de Estudiantes (1917-1925)*

*París (1925-1929)*

*Sueños y ensueños*

*El surrealismo (1929-1933)*

*América*

*España y Francia (1931-1936)*

*Amor, amores*

*La guerra de España (1936-1939)*

*Ateo gracias a Dios*

*De nuevo América*

*Hollywood, continuación y fin*

*México (1946-1961)*

*A favor y en contra*

*España-México-Francia (1960-1977)*

*El canto del cisne*

(\*) Las cifras entre paréntesis son los números de página correspondientes a la edición "Debols!!lo"

## **Dedicatoria**

A Jeanne, mi mujer, mi compañera

## **Memoria**

[Existe la amnesia anterógrada, la anterorretrograda y la retrógrada] Yo todavía no he sentido la acometida de esta tercera forma de amnesia, que puede borrar toda una vida. La angustia más horrenda ha de ser la de estar vivo y no reconocerte a ti mismo, haber olvidado quién eres. Nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestra acción, nuestro sentimiento. Sin ella no somos nada.

## **Recuerdos de la edad media**

En el pueblo en que yo nací, la Edad Media se prolongó hasta la Primera Guerra Mundial. Los mismos gestos y los mismos deseos se transmitían de padre a hijo y de madre a hija. Apenas se oía hablar del progreso (...) Yo tenía un tío sacerdote que era una bellísima persona. En verano, yo le ayudaba a decir misa. También formé parte del coro musical de la Virgen de Calanda. Yo tocaba el violín. La religión era omnipresente. Por ejemplo, yo jugaba a decir misa en el granero, con mis hermanas de feligresas (13).

¿Por qué hay en la religión católica ese horror al sexo? Es claro que esta prohibición implacable crea un sentimiento de pecado que puede ser delicioso. Es lo que a mí me ocurrió durante años. Asimismo, y por razones que no se me alcanzan, he encontrado siempre en el acto sexual una cierta similitud con la muerte (14).

Yo tuve la suerte de pasar la niñez en la Edad Media, aquella época «dolorosa y exquisita». Dolorosa en lo material. Exquisita en lo espiritual. Todo lo contrario de hoy (...) Hoy en Calanda ya no hay pobres, la gente vive bien. Las calles están asfaltadas e iluminadas. Hay agua corriente, alcantarillas. Como en el resto del mundo, la televisión contribuye eficazmente a la despersonalización del espectador (17).

## **Los tambores de Calanda**

Esta costumbre, que se remonta a finales del siglo XVIII, se había perdido hacia 1900. Un cura de Calanda la resucitó. Los tambores de Calanda redoblan desde el mediodía del Viernes Santo hasta la misma hora del sábado, en conmemoración de las tinieblas que se extendieron sobre la tierra en el instante de la muerte de Cristo, de los terremotos, de las rocas desmoronadas. Los tambores, fenómeno asombroso, arrollador, cósmico, que roza el inconsciente colectivo, hacen temblar el suelo bajo nuestros pies. Durante toda la procesión, se canta el texto de la Iglesia, en el que aparece varias veces la expresión «los pérfidos judíos». Al amanecer, la membrana de los tambores se mancha de sangre: las manos sangran de tanto redoblar (19).

## Zaragoza

Mi padre se fue de Calanda para hacer el servicio militar en Cuba. [Allí] fundó su propia ferretería. Regresó a España con una pequeña fortuna. A los cuarenta y tres años, se casó con una muchacha de dieciocho, mi madre, compró muchos terrenos y mandó construir la casa y La Torre. Yo fui el primogénito, concebido [en un hotel francés] durante un viaje a París. Tuve cuatro hermanas y dos hermanos. Cuatro meses después de mi nacimiento, mi padre decidió mudarse con su familia a Zaragoza, a un piso enorme donde viví hasta 1917, en que, terminado el bachillerato, me trasladé a Madrid (21).

[Entre los ricos de Zaragoza] mi padre debía de ocupar el tercer o cuarto puesto. Cuando yo iba a casa de mi profesor de música, la nurse que me acompañaba llevaba el estuche del violín (22). Yo cazaba lagartijas y les cortaba el rabo. Desde muy joven, tuve gran afición a las armas de fuego. A los catorce años me había hecho con una pequeña Browning que siempre llevaba encima. [En el parque encañonó con el arma a dos golfillos que lo atacaban.] A veces me iba al campo a hacer puntería. A un amigo mío le pedía que se pusiera con los brazos en cruz sosteniendo una manzana en cada mano (23).

Empecé mis estudios en los corazonistas. Al curso siguiente, entré como medio pensionista en los jesuitas, donde estudié siete años. El día empezaba con una misa y terminaba con el rosario de la tarde. A la más mínima infracción, el alumno se encontraba de rodillas en medio de la clase, con los brazos en cruz y un libro en cada mano. Vigilancia constante, ausencia de todo contacto peligroso y silencio. Sobre estos principios básicos se desarrollaba una enseñanza en la que la religión ocupaba lugar preeminente: catecismo, vida de los santos, apologética. Hacia los catorce años empecé a tener mis dudas sobre la religión. Aquellas dudas se referían a la existencia del infierno, y sobre todo, al Juicio Final (25).

Yo era bastante buen estudiante, pero mi conducta era de lo peor del colegio. A los quince años, el jefe de estudios me dio un puntapié francamente humillante y me llamó payaso. Me negué a volver al colegio. Entonces me matricularon en el Instituto, donde estudié hasta terminar el bachillerato. Descubrí a Spencer, a Rousseau e incluso a Marx. La lectura de *El origen de las especies* me hizo acabar de perder la fe. Mi virginidad acababa de irse a pique en un burdel de Zaragoza (26).

## Los recuerdos de Conchita

[Declaraciones de su hermana Conchita a la revista francesa Positif, hacia 1960.] *Luis nació en Calanda por pura casualidad (...) Por inteligencia natural, y sin el menor esfuerzo, obtenía las mejores calificaciones. Como echando pulsos ganaba a los más fuertes del pueblo, empezó a organizar combates de boxeo, utilizando el nombre de el León de Calanda. En Madrid, fue campeón de los pesos ligeros amateurs [lo que no concuerda con la afirmación posterior del autor en este mismo libro]. En casa, Luis había empezado a hablar de estudiar para ingeniero agrónomo [tampoco aquí hay acuerdo]. La idea complacía a mi padre (...) Todos nosotros hemos amado y respetado todo aquello que tiene vida. Una sola excepción: las arañas. Una extraña morbosidad buñuelesca hace que nuestras pesadillas y nuestras conversaciones fraternales estén llenas de ellas. [Hay retazos de gran belleza, como la mata de claveles nacida entre los restos de un infante, o la ofrenda de sí misma para ser comida en lugar de su hermano.]*

## Los placeres de aquí abajo

El bar es para mí un lugar de meditación y recogimiento, sin el cual la vida es inconcebible (...) Yo, en los bares, he pasado largos ratos de ensueño, hablando (...) casi siempre conmigo mismo. Ahora, apenas salgo de casa. Pero, a la hora sagrada del aperitivo, a solas en el cuartito en el que guardo mis botellas, me gusta recordar los bares que amé. (...) Para mí, no es lo mismo el bar que el café. El café es charla. El bar es un ejercicio de soledad (35). Pasaba muy buenos ratos en el bar (...), adonde solía retirarme a escribir mis guiones durante más de treinta años (36).

Yo pongo en lo más alto el vino, especialmente el tinto (...) Nunca bebo vino en el bar. El vino es un placer puramente físico que no excita en modo alguno la imaginación. Para inducir y mantener el ensueño, hay que tomar ginebra inglesa (...) Mi bebida favorita es el dry-martini (...) Toda mi vida ha habido veces en las que he bebido hasta caerme, pero casi siempre se trata de un ritual delicado que no te lleva a la auténtica borrachera. Algo que me ayuda a vivir y a trabajar (38). Si tuviera que enumerar todas las virtudes del alcohol no acabaría nunca (39). El whisky nunca me interesó. Es un alcohol que no comprendo (39).

Imposible beber sin fumar. Si el alcohol es la reina, el tabaco es el rey. El tabaco es un amable compañero con el que afrontar todos los acontecimientos de una vida. Se enciende un cigarrillo para celebrar una alegría y para ahogar una pena. Estando solo o acompañado (40).

Durante los últimos años, he comprobado la progresiva y, finalmente, total desaparición de mi instinto sexual. Me alegro, pues me parece haberme liberado de un tirano. Si se me apareciese Mefistófeles, para proponerme recobrar eso que se ha dado en llamar virilidad, le contestaría. «No, muchas gracias, no me interesa; pero fortaléceme el hígado y los pulmones para que pueda seguir bebiendo y fumando» (41).

### Madrid: la Residencia de Estudiantes (1917-1925)

Gracias a la recomendación de un senador, en 1917 me inscribieron en la Residencia de Estudiantes, donde permanecería siete años. Puedo asegurar que, de no haber pasado por la Residencia, mi vida hubiera sido muy diferente. Mi padre me preguntó qué quería ser. Le hablé de mi afición a las Ciencias Naturales y a la Entomología. «Hazte ingeniero agrónomo», me aconsejó. Por desgracia, aunque era el primero en biología, suspendí las matemáticas durante tres cursos consecutivos. Cambié de carrera y me puse a estudiar para ingeniero industrial. [Finalmente, mi padre] accedió a dejarme seguir mi afición por las Ciencias Naturales. El Museo de Historia Natural se levantaba a decenas de metros de la Residencia. Trabajé allí durante un año con gran interés [En el Museo conoció a Cajal (50)]. Después me enteré de que en varios países se solicitaban lectores de español. Para optar al puesto de lector, había que estudiar Letras o Filosofía. Me puse a preparar la licenciatura de Filosofía (44).

En la Residencia cobré afición a los deportes. Fundé el equipo de atletismo del colegio y hasta practiqué el boxeo amateur. En total, no disputé más que dos combates. Uno lo gané por incomparecencia del contrincante y el otro lo perdí por falta de combatividad (...) Escalé la fachada de la Residencia (...) me tumbaba en el suelo y mis amigos me saltaban sobre el vientre. Otra de mis especialidades: echar pulsos (45).

En 1921, año en que yo debía empezar mi servicio militar, fui destinado a un regimiento de artillería. Pasé todo el servicio en Madrid. Aquello duró catorce meses. A pesar de las condiciones de vida incómodas (...) conservo buen recuerdo de los jesuitas y del servicio militar (46).

[Encuentros con Primo de Rivera y Alfonso XIII (48). Conoce personalmente a Ortega, Unamuno, Valle, D'Ors, Galdós... (48)]

Alberti era una de las grandes figuras de nuestro grupo. Al principio lo tomamos por un pintor. Nuestra amistad creció. [En] los años de la Residencia fuimos casi inseparables (51). García Lorca no llegó a la Residencia hasta dos años después que yo. Venía recomendado por su profesor de Sociología, Fernando de los Ríos. Federico tenía un magnetismo al que nadie podía resistirse. No tardó en conocer a todo el mundo y hacer que todo el mundo le conociera. Su habitación de la Residencia se convirtió en uno de los puntos de reunión más solicitados en Madrid. Nuestra amistad, que fue profunda, data de nuestro primer encuentro, casi siempre andábamos juntos. Con su trato, fui transformándome poco a poco ante un mundo nuevo que él iba revelándome día tras día (...) Federico no tenía nada de afeminado ni había en él la menor afectación. Tampoco le gustaban las parodias ni las bromas al respecto. No creía en Dios, pero conservaba y cultivaba un gran sentido artístico de la religión.

Dalí llegó a la Residencia tres años después que yo. No sé por qué, le llamábamos el pintor checoslovaco. Él y Federico serían mis mejores amigos. Los tres andábamos siempre juntos. Lorca sentía por él verdadera pasión, lo cual dejaba indiferente a Dalí. Dalí también escribía poesías.

El jazz me tenía cautivado hasta el extremo de que empecé a tocar el banjo (54). En aquella época, me puse a practicar el hipnotismo. Conseguí hacer dormir con bastante facilidad a numerosas personas. Rafaela [que trabajaba en la cocina de un burdel] fue un caso realmente extraño. Su muerte me impresionó y dejé de practicar la hipnosis. Por el contrario, toda la vida me ha divertido hacer bailar las mesas. También me presto con frecuencia a los juegos de adivinación (57).

Me parece que fue en 1921 cuando descubrí Toledo. Desde el primer día quedé prendado de su ambiente indefinible. El día de San José de 1923, fundé la "Orden de Toledo", de la que me nombré a mí mismo condestable. Aquella orden funcionó y siguió admitiendo nuevos miembros hasta 1936. Pepín Bello era el secretario. Entre los fundadores estaban Lorca, su hermano Paquito, Pedro Garfias... Venían después los caballeros. Hojeando una vieja lista, encuentro entre ellos a Alberti, Ugarte, Jeanne, mi esposa, Dalí (con la indicación 'degradado' anotada posteriormente), María Teresa León. Para acceder al rango de caballero había que amar Toledo sin reservas, emborracharse por lo menos durante toda la noche y vagar por las calles. Los miembros de la Orden tenían prohibido lavarse durante su permanencia en la ciudad santa (60).

También yo escribía poesías. La primera que me publicaron se titulaba *Orquestación*. Gómez de la Serna me felicitó efusivamente. Claro está que debió reconocer fácilmente en ella su influencia. El movimiento al que yo, más o menos, me asimilaba, se llamaba los Ultraístas, y pretendía ser la vanguardia más adelantada de la expresión artística. Conocíamos a Dada y a Cocteau y admirábamos a Marinetti. El surrealismo aún no existía. La revista más importante

en la que todos colaborábamos se llamaba La Gaceta Literaria. Su director era Giménez Caballero y en sus páginas reunía toda la generación del 27 y algún escritor anterior. Giménez Caballero, que no perdía ocasión de evocar el gran Imperio español, obedecía a tendencias fascistas (63).

Mi padre murió en 1923. Acababa de licenciarme en Filosofía (...) Volví la cabeza y vi a mi padre de pie, con gesto amenazador y las manos extendidas hacia mí. Aquella alucinación duró unos diez segundos y se desvaneció. El entierro fue al día siguiente. Al otro día, dormí en la cama en que había muerto mi padre. Por precaución, puse su revólver debajo de la almohada, para disparar sobre el espectro si se presentaba (64).

### París (1925-1929)

[Buñuel solicita el puesto de secretario de Eugenio d'Ors, en París.] Al llegar a París, me fui directamente al Hotel Ronceray, donde mis padres pasaron su luna de miel y me engendraron (66). [Trata con Unamuno, Cossío, Huidobro, Juan Gris y Picasso. De este último dice:] A pesar de su llaneza y su jovialidad, me pareció frío y egocéntrico -no se humanizó hasta la época de la guerra civil, cuando tomó partido-. De él se dice que, con motivo del robo de la Gioconda, al ser citado a declarar, renegó de su amigo Apollinaire como san Pedro negara a Cristo.

Que nadie me pida opinión en materia de pintura: no la tengo. La estética nunca me ha preocupado. Lo único que puedo decir es que del *Guernica* me desagrada todo, tanto la factura grandilocuente de la obra como la politización a toda costa de la pintura. Comparto esta aversión con Alberti y Bergamín. A los tres nos gustaría volarlo (69).

En París conocí a Jeanne Rucar <sup>(1)</sup>. A mí me pareció muy guapa. Practicaba la gimnasia rítmica. Incluso había ganado una medalla de bronce en los Juegos Olímpicos de París de 1924. Con el tiempo sería mi mujer, y sigue siéndolo (72). A finales de 1926, me ofrecieron la dirección escénica [de *El retablo de Maese Pedro*]. Dimos tres o cuatro representaciones en Amsterdam a teatro lleno. Ya no volvería a dirigir teatro más que una sola vez, en México, hacia 1960 (73).

<sup>(1)</sup> También Jeanne Rucar dictó sus memorias, que dieron lugar al libro *Memorias de una mujer sin piano*, de Marisol Martín del Campo (1991).

En París, yo iba al cine hasta tres veces al día. Imposible olvidar *El acorazado Potemkin*. Durante mucho tiempo, sostuve que aquella película era para mí la mejor de toda la historia del cine. Ahora ya no sé. Fue al ver *Der müde Tod* [Fritz Lang, 1921] cuando comprendí sin la menor duda que yo quería hacer cine. Me enteré de que Jean Epstein acababa de fundar una especie de academia de actores. Inmediatamente, fui a inscribirme. Un día, le dije: -El cine me interesa mucho, pero técnicamente no sé nada. No le pido dinero. Deje que barra el decorado y le haga los recados, lo que sea. *Mauprat* fue mi primera experiencia cinematográfica. En aquella película hice un poco de todo, incluso doblar caídas. Epstein me mantenía un tanto al margen, tal vez por mi tendencia a hacer reír a los actores. Después de *Mauprat*, Epstein, que preparaba *La caída de la casa Usher*, me tomó en calidad de segundo ayudante. [Tras su negativa a colaborar con Abel Gance, Epstein lo despide.] Yo seguía trabajando en el cine aquí y allá (76).

## Sueños y ensueños

Adoro los sueños, aunque sean pesadillas y eso son las más de las veces. Esta locura por el placer de soñar es una de las inclinaciones profundas que me han acercado al surrealismo (78).

Yo he llegado a catalogar una quincena de sueños reiterativos que me han seguido toda la vida: caigo deliciosamente por un precipicio o soy perseguido por un tigre o por un toro. O bien, a cualquier edad, tengo que examinarme otra vez y, por supuesto, lo he olvidado todo. Otro sueño del mismo tipo: tengo que salir a escena a representar un papel del que no sé ni una palabra. Otra angustia: a los cincuenta o sesenta años, vuelvo al cuartel. Otras veces vuelvo a la casa de la familia, en Calanda, donde sé que se esconde un espectro. Entro en una habitación a oscuras y llamo al espectro, le provocho y hasta le insulto. También sueño con mi padre. Durante el sueño me acosa la falta de dinero. Esta pesadilla sigue persiguiéndome. Por su asiduidad, sólo puede compararse al sueño del tren. Éste lo he tenido cientos de veces. Voy en tren, no sé adónde voy. De repente, el tren entra en una estación y se para. Yo me levanto para estirar las piernas por el andén. No obstante, sé que en cuanto ponga el pie en el andén el tren arrancará bruscamente. Es una trampa que me tiende. Por eso desconfío, pongo lentamente un pie en el suelo, miro a derecha e izquierda silbando para disimular, el tren está quieto, entonces me decido a poner el otro pie y en aquel momento, ¡zas!, el tren sale disparado. Y, lo peor, es que se ha llevado mi equipaje (79).

Otro sueño [que] me conmovió. Vi a la Virgen Santísima inundada de luz que me tendía dulcemente las manos. Ella me hablaba, a mí, siniestro descreído, con un fondo de música de Schubert. Me arrodillé, se me llenaron los ojos de lágrimas y me sentí de pronto inundado de fe. Cuando desperté, medio dormido, repetía: ¡Sí, sí, Santísima Virgen María, creo! Añadiré que este sueño presentaba un cierto carácter erótico. Por supuesto, dentro de los castos límites del amor platónico. Pero tal vez, si el sueño se hubiera prolongado, aquella castidad habría desaparecido para dejar paso a un verdadero deseo. No sé (80).

Gala es una mujer que siempre he procurado evitar. La conocí en Cadaqués, en 1929. Vino con Paul Éluard, su marido, y su hijita Cécile. Yo me alojaba en casa de Dalí y ellos en un hotel. Dalí me dijo, muy agitado: "Acaba de llegar una mujer magnífica." Por la tarde, salimos todos juntos a tomar una copa. Hablábamos de cosas sin importancia y yo dije que lo que más me repugna de una mujer es que tenga los muslos separados. Al día siguiente, vamos a bañarnos y observo que los muslos de Gala son como los que yo había dicho detestar. De la noche a la mañana, Dalí ya no era el mismo. Toda concordancia de ideas desapareció de nosotros. No hablaba más que de Gala (...) Un día, después del almuerzo, Gala volvió a atacarme, no recuerdo exactamente por qué. Me levanté bruscamente, la tiré al suelo y la agarré por el cuello. La pequeña Cécile, asustada, echó a correr. Dalí, de rodillas, me suplicaba que perdonase a Gala. Yo sabía que no la mataría. Lo único que yo quería era verle asomar la punta de la lengua entre los dientes (...) Todo esto para confesar que una noche, cincuenta años después, a los ochenta, soñé con Gala. La llamé en voz baja, ella vino hacia mí y me besó amorosamente en los labios. Este fue el sueño más sorprendente de mi vida, más que el de la Virgen (81).

La ensoñación es casi tan importante como los sueños. [Ensoñación de gozar de los favores de la reina Victoria, o de hacerse invisible para cambiar el

destino del mundo (82).] Una vaga y persistente atracción por la Edad Media me trae con bastante frecuencia la imagen del señor feudal aislado del mundo, que gobierna su señorío con mano dura, pero bueno en el fondo. Imagino también que un golpe de Estado me ha convertido en dictador mundial. Mis primeras decisiones se dirigen a combatir la proliferación de la información, fuente de toda zozobra (...) Cuando me entra el pánico ante la explosión demográfica que está agobiando a México, imagino que convoco a una decena de biólogos y les doy la orden terminante de lanzar sobre el planeta un virus atroz que lo libre de dos mil millones de habitantes. Luego, trato de escurrir el bulto y hago una lista de personas a las que hay que salvar, algunos miembros de mi familia, mis mejores amigos, los familiares y amigos de mis amigos (83). [Ensoñaciones a costa de Alcoriza: la caza de un águila disecada y la conquista de una puta alquilada (84).]

### **El surrealismo (1929-1933)**

El surrealismo fue, ante todo, una especie de llamada que oyeron aquí y allí ciertas personas que utilizaban ya una forma de expresión intuitiva e irracional. Esta llamada nos dirigía a todos hacia París (88). Los surrealistas luchaban contra una sociedad a la que detestaban utilizando como arma principal el escándalo. Contra las desigualdades sociales, la explotación del hombre por el hombre, la influencia embrutecedora de la religión, el militarismo burdo y materialista, vieron en el escándalo el revelador potente, capaz de hacer aparecer los resortes secretos y odiosos del sistema que había que derribar (90). Algunos no tardaron en apartarse de esta línea de acción para pasar a la política propiamente dicha, y, principalmente, al único movimiento que entonces nos parecía digno de llamarse revolucionario: el movimiento comunista.

El verdadero objetivo del surrealismo no era el de crear un movimiento literario, plástico, ni siquiera filosófico nuevo, sino el de hacer estallar la sociedad, cambiar la vida. La mayoría de aquellos revolucionarios eran de buena familia. Burgueses que se rebelaban contra la burguesía. Éste era mi caso. A ello se sumaba en mí cierto instinto negativo, destructor que siempre he sentido con más fuerza que toda tendencia creadora. Siempre me ha parecido más atractiva la idea de incendiar un museo que la de abrir un centro cultural o fundar un hospital (90). Mi encuentro con el grupo fue esencial y decisivo para el resto de mi vida. Mi entrada en el grupo surrealista se produjo como algo sencillo y natural (89).

*Un chien andalou* nació de la confluencia de dos sueños [el corte del ojo (Buñuel) y la mano llena de hormigas (Dalí).] Él me dijo: «¿Y si, partiendo de esto, hiciéramos una película?» Pusimos mano a la obra, en Figueras. Escribimos el guion siguiendo una regla muy simple: no aceptar idea ni imagen que pudiera dar lugar a una explicación racional, psicológica o cultural. Abrir todas las puertas a lo irracional. Cuando el guión estuvo terminado [en una semana] pedí a mi madre una cantidad de dinero, para producirla. Regresé a París. Cuando hube gastado la mitad del dinero de mi madre en salas de fiestas, me dije que había que hacer algo. En unos quince días se rodó la película. Dalí no llegó hasta tres o cuatro días antes del final del rodaje. [En la película] se le ve un momento de lejos, corriendo en compañía de Jeanne, mi novia, después de la caída mortal del protagonista (...) Man Ray había terminado el rodaje de *Le mystère du château de Dé* y estaba buscando un complemento de programa. Me presentó a Louis Aragon, vieron la película en el Studio des Ursulines y me dijeron que había que darle vida cuanto antes (88).

Me presentaron a Max Ernst, André Breton, Paul Éluard, Tristan Tzara, René Char, Pierre Unik, Tanguy, Jean Arp, Maxime Alexandre, Magritte. Todos salvo Benjamin Péret, que estaba en Brasil (89) en calidad de representante del movimiento trotskista (92). La primera proyección pública de *Un chien andalou* fue organizada en las Ursulines y reunió a la flor y nata de París (Picasso, Le Corbusier, Cocteau, Auric) y, por supuesto, el grupo surrealista al completo (89).

La película tuvo éxito (estuvo ocho meses en cartel) (90) [Este éxito hace a Buñuel sospechoso a los ojos de los surrealistas, que lo procesan por haber cedido el guion a una revista calificada por ellos de burguesa. Para lavar su honor surrealista, es obligado a escribir una carta afirmando haber sido víctima de una maquinación burguesa (92).] Además, escribí un prólogo en el que declaraba que la película no era más que un llamamiento público al asesinato. Después, propuse quemar el negativo de la película. Lo habría hecho, si me hubieran dejado. Y aún lo haría. No me importaría ver arder todos los negativos y copias de mis películas (92).

Benjamin Péret era para mí el poeta surrealista por excelencia, un surrealista en estado natural, puro de todo compromiso, y, casi siempre, muy pobre (92). Hablé de Dalí al grupo. Fue admitido inmediatamente. La influencia de Gala no tardaría en transformar a Salvador Dalí en Avida Dollars. Tres o cuatro años después, fue excluido del movimiento (93).

[Expresa su deseo de convertirse al judaísmo sólo para escandalizar a su familia (93). Recuerdos de Unik, Aragon, Valentin, Crevel, Breton (93). Rabieta de Breton porque la mujer de Magritte lleva una crucecita al cuello (94). Expulsión de Max Ernst, culpable de haber obtenido el gran premio de la Bienal de Venecia (95).]

Después de *Un chien andalou* yo quería seguir siendo surrealista a toda costa. [Es presentado al vizconde de Noailles, quien le propone la financiación de una película.] Fui a reunirme con Dalí. Era la Navidad de 1929. [En Cadaqués] nos ponemos a trabajar, pero no estábamos de acuerdo en nada. ¿Era ya la influencia de Gala? Nos separamos amigablemente y escribí el guion yo solo en la finca de los Noailles. Finalmente, sería una película de una hora. Dalí me había enviado unas ideas y por lo menos una aparecía en la película (97). Después, Dalí, cuyo nombre mantuve en la ficha técnica, escribió que *sus* intenciones al hacer el guion eran mostrar al desnudo los innobles mecanismos de la sociedad actual (98).

[Escribe los textos de *Une girafe*. Unik le corrige el francés y Giacometti le dibujara y recorta una jiraba de tamaño natural.] Las manchas de la jirafa estaban montadas con bisagras y podían levantarse. Debajo se leían frases escritas por mí. En una mancha se leía: *Cristo riendo a carcajadas*. "Me ufano de haber sido el inventor de esta imagen que tantas veces se utilizaría después" (99).]

[Algunas de las que Buñuel llama "hermosas hazañas del surrealismo" (101): Sadoul y Caupenne provocan al ejército. Caupenne pide perdón de rodillas (101); Max Ernst hace que una niña vestida de primera comunión recite un texto pornográfico (102); Max Ernst y Ángeles Ortiz se disputan una mujer. Ernst pierde y pide explicaciones a Buñuel (102).]

El surrealismo triunfó en lo accesorio y fracasó en lo esencial. Breton, Éluard y Aragon figuran entre los mejores escritores franceses del siglo XX. Max Ernst, Magritte y Dalí están en buen lugar en todos los museos. Reconocimiento artístico y éxito cultural que eran precisamente las cosas que menos nos importaban a la mayoría. Lo que deseábamos más que nada era transformar el mundo y

cambiar la vida. [Pero] no éramos nada, nada más que un grupito de intelectuales insolentes que peroraban en un café y publicaban una revista. Un puñado de idealistas que se dividían en cuanto había que tomar parte, directa y violentamente, en la acción (103).

A principios de mayo de 1968, mientras paseaba por las calles levantadas de París, reconocía en las paredes, no sin cierta sorpresa, algunos de nuestros viejos eslóganes surrealistas: «La imaginación al poder» y «Prohibido prohibir». Además de los eslóganes, Mayo del 68 tuvo muchos puntos de contacto con el movimiento surrealista: los mismos temas ideológicos, la misma dificultad de elección entre la palabra y la acción. Al igual que nosotros, los estudiantes de Mayo del 68 hablaron mucho y actuaron poco (105).

Breton decía: «El gesto surrealista más simple consiste en salir a la calle revólver en mano y disparar al azar contra la gente.» Por lo que a mí respecta, no olvido haber escrito que *Un chien andalou* no era sino un llamamiento al asesinato (105).

El símbolo del terrorismo siempre me ha atraído; pero del terrorismo total cuyo objetivo es la destrucción de toda la sociedad, es decir, de toda la especie humana. Hablo de la Banda de Bonnot, a la que adoraba, de Ascaso y de Durruti que elegían a sus víctimas cuidadosamente, de los anarquistas franceses de finales del siglo XIX, de todos los que quisieron dinamitar un mundo que les parecía indigno de subsistir, volando con él. A esos los comprendo y, muchas veces, los admiro (106).

## América

[Contrato con la MGM: seis meses en Hollywood cobrando un buen sueldo "sin más obligación que la de mirar cómo se hace una película".]

En 1930 el cine se convertiría en sonoro, con lo que perdía su carácter internacional. En una película muda, bastaba cambiar los cartones, según el país. Pero ahora había que rodar distintas versiones de una misma película, con el mismo decorado, pero con actores franceses o españoles. Esto hacía que se produjera hacia Hollywood una gran afluencia de escritores y actores, para escribir e interpretar los diálogos en su propia lengua (108).

Yo adoraba América antes de conocerla. Todo me gustaba: las costumbres, las películas, los rascacielos y hasta los uniformes de los policías. Creo que los Estados Unidos son el país más hermoso del mundo (108).

Hice el viaje en compañía de Tono. En [Los Ángeles] nos esperaban Edgar Neville, López Rubio y Ugarte. Me instalé con Ugarte en un apartamento de Beverly Hills (108).

Elegí un plató en el que se rodaba una película con Greta Garbo. A pesar de mi discreción, ella me descubrió [y] me echaron de allí. Decidí no acercarme por los estudios más que para cobrar. Me dejaron tranquilo durante cuatro meses. Nadie se interesó por mis actividades. Otra vez, visité un decorado que realmente valía la pena. Lo que más me impresionó era la magnitud de los medios y la calidad de los trucajes. También me gustaba ver a ciertos personajes mitológicos [Wallace Beery, Ben Turpin, Louis B. Mayer, Dolores del Río] y hasta a Bertolt Brecht (108/110).

Todos los sábados, Chaplin invitaba a nuestro grupito de españoles al restaurante. Yo iba a menudo a su casa de las colinas, a jugar al tenis, a nadar y a tomar baños de vapor. Una vez hasta dormí allí. En casa de Chaplin vi muchas veces a Eisenstein. Bebíamos refrescos junto a la piscina, hablando de todo y de nada (110).

Sternberg se limitaba a decir «acción» y a dirigir a los intérpretes. Y él era un director de renombre. Los demás, en general, no eran sino esclavos a sueldo de los directivos de las Compañías, que se limitaban a hacer lo mejor posible lo que les mandaban. [Invitado a una sneak-preview de la película *Dishonored*, desconcierta al productor al demostrarle que a los cinco minutos ya se sabía que Marlene Dietrich sería fusilada.] (111).

[Tono organiza una comida de navidad, en la que Buñuel destroza el árbol y los regalos en "un acto de vandalismo y de subversión" (112).] [Cuando le piden que asista a un ensayo de Lily Damita para ver si la actriz habla español con acento responde:] «Puede decirle al señor Thalberg que yo no voy a escuchar a las putas.» Al día siguiente, me despedí y empecé a preparar mi regreso. Me llevaba un recuerdo maravilloso. Cuando me acuerdo de aquella vida tan distinta, de la cordialidad y la inocencia norteamericanas, siento emoción, ahora todavía (114).

A mi llegada a París encontré a Jeanne, mi novia. Como yo no tenía un céntimo, su familia me prestó un poco de dinero para que pudiera ir a España. Llegué a Madrid en abril de 1931, dos días antes de la marcha del rey y de la alborozada proclamación de la República española. (115)

### **España y Francia (1931-1936)**

Aunque fui gran simpatizante del partido comunista y formé parte de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, nunca me adherí a él (116).

Además de las disensiones políticas, contribuía también a alejarme del surrealismo una cierta inclinación al esnobismo de lujo que advertía en él. Me sorprendió mucho ver en el escaparate de una librería las fotografías de Breton y Éluard. Cuando les hablé de ello, me dijeron que tenían perfecto derecho a dar realce a sus obras. No me entusiasmó el lanzamiento de la revista 'Minotauro', objeto burgués y mundano por excelencia. Poco a poco, dejé de asistir a las reuniones y [en 1932] salí del grupo. (117)

[Rodaje de *Las Hurdes* con el dinero que le toca a un anarquista en la lotería. Prohibida por la censura, Buñuel pide a Marañón, presidente del Patronato de Las Hurdes, que le ayude a conseguir el permiso para explotar la película.] Pero su reacción fue negativa. «¿Por qué enseñar siempre el lado feo y desagradable? ¿Por qué no mostrar las danzas folkóricas de La Alberca, que son las más bonitas del mundo?» Respondí a Marañón que, al decir de sus habitantes, cada país tiene los bailes más bonitos del mundo y que él demostraba un nacionalismo barato y abominable. La Alberca era un pueblo medieval como tantos hay en España, que en realidad no formaba parte de Las Hurdes (119).

Me casé a principios de 1934, en París, y prohibí a la familia de mi mujer que asistiera a la boda. La familia, en general, me parecía odiosa. Después de almorzar, dejé a mi mujer y tomé el tren para Madrid [donde] acepté el puesto de

supervisor de doblajes de la Warner Brothers. Aquello duró ocho o diez meses. Me hice productor, un productor muy exigente y quizás en el fondo bastante canallesco (a veces me entrometía descaradamente en la dirección). Podía disponer de ciento cincuenta mil pesetas que me prestaría mi madre. La adaptación de una obra de Arniches, *Don Quintín el Amargao*, fue un gran éxito comercial. La segunda película que produje, que también fue un gran éxito comercial, era un abominable melodrama titulado *La hija de Juan Simón*. En ella hizo su debut en el cine Carmen Amaya. Mi tercera producción, *¿Quién me quiere a mí?*, fue mi único fracaso comercial (122).

En Madrid yo tenía un despacho en la Gran Vía y un piso en el que vivía con Jeanne y nuestro hijo Juan Luis (122). Propuse a Jean Crémillon que viniera a rodar en Madrid una comedia militar titulada *Centinelas alerta*. Algunas escenas las rodé yo en su lugar. Durante el rodaje, en los meses que precedieron a la guerra, el ambiente era irrespirable. La película se estrenó en plena guerra civil con gran éxito. Yo no me beneficié de él (123).

### **Amor, amores**

Con bastante frecuencia he sostenido relaciones platónicas con mujeres de las que me sentía enamorado. Por otra parte, desde los catorce años hasta estos últimos tiempos, el deseo sexual no me ha abandonado. Un deseo poderoso cotidiano. Apenas tenía un momento de descanso, cuando me envolvían innumerables imágenes eróticas (124). Por diversas razones, la mayoría de las mujeres que me gustaban permanecieron inaccesibles para mí (125).

En nuestra juventud no nos gustaban los pederastas. Ya he contado mi reacción cuando tuve noticia de las sospechas que recaían sobre Federico. [Buñuel y sus amigos dan una paliza a un homosexual.] En aquella época, la homosexualidad era en España algo oscuro y secreto (125).

Siempre he experimentado una viva aversión en el ambiente cinematográfico hacia los productores o directores que se aprovechan de su situación, de su poder, para acostarse con las chicas que aspiran a ser actrices. Sólo una vez me ocurrió eso, y apenas sí duró. En 1935 conocí en Madrid a una bella figurante de apenas diecisiete años... (125).]

### **La guerra de España (1936-1939)**

[Intercede en favor de Sáenz de Heredia, detenido (129); pide un arma a Carrillo y le dan un fusil, que devuelve (130).] Yo, que había deseado ardientemente la subversión, colocado de pronto en el centro del volcán, tenía miedo. Si algunos gestos me parecían insensatos y magníficos [el fusilamiento del Cristo del Cerro de los Ángeles] detestaba, en cambio, las ejecuciones sumarias. Todas las tardes, acudía a la reunión de la Liga de Escritores Revolucionarios, donde encontraba a la mayoría de mis amigos: Alberti, Bergamín, Corpus Barga, Altolaguirre (131).

Muy poco numerosos al principio, pero organizados y disciplinados, los comunistas me parecían -y me siguen pareciendo- irreprochables. Los sindicalistas anarquistas los odiaban quizá más que a los fascistas. Pese a mis simpatías teóricas por la anarquía, yo no podía soportar su comportamiento arbitrario, imprevisible, y su fanatismo. Se cree, incluso, que un pequeño grupo de anarquistas fue responsable de la muerte del gran Durruti, al que no perdonaban la disciplina que había logrado

imponer a sus tropas. Debíamos temer también arbitrarias acciones del POUM (133).

[En memoria de García Lorca] "Poco antes de *Un chien andalou*, una disensión superficial nos separó durante algún tiempo. Luego, como andaluz, susceptible, creyó, o fingió creer, que la película era contra él. En 1934, nos habíamos reconciliado totalmente y pasábamos juntos largos ratos. El anuncio de su muerte fue una impresión terrible para todos nosotros. De todos los seres vivos que he conocido, Federico es el primero. No hablo de su teatro ni de su poesía, hablo de él. La obra maestra era él. Tenía pasión, alegría, juventud. Era como una llama. Por la fuerza de nuestra amistad, él me transformó. Le debo más de cuanto podría expresar" (135).

A finales de septiembre me fue concertada una cita en Ginebra con el ministro de Asuntos Exteriores de la República. Me pidió que fuese a París para ponerme a disposición del nuevo embajador. Permanecí en París hasta el final de la guerra [aunque] viajé mucho, a Suiza, a Amberes, a Estocolmo, a Londres. En varias ocasiones también fui a España. Oficialmente, me ocupaba de reunir todas las películas de propaganda republicana rodadas en España. En realidad, yo era una especie de jefe de protocolo. [Además] me ocupaba de «informaciones» y de propaganda. Yo entregué salvoconductos a Hemingway y a Dos Passos (138).

Conservé mis simpatías por el partido comunista hasta finales de los años cincuenta. Después, me fui alejando cada vez más de él. El fanatismo me repugna, dondequiera que lo encuentre (142).

En 1936, el pueblo español tomó la palabra. Instintivamente, atacó primero a la Iglesia y a los grandes propietarios. Quemando las iglesias y los conventos, matando a los sacerdotes, el pueblo designaba con toda claridad a su enemigo hereditario. Del otro lado, del lado fascista, los crímenes eran cometidos por españoles más ricos y cultivados. Eran cometidos en mayor número, sin verdadera necesidad, con una frialdad mortal. Eso me permite decir hoy con cierta serenidad que, en el fondo, el pueblo es más generoso. Si durante los primeros meses de la guerra me horrorizaron ciertos excesos cometidos en el lado republicano, muy pronto, a partir de noviembre de 1936, se instauró un orden legal y cesaron las ejecuciones sumarias (146).

### **Ateo gracias a Dios (\*)**

Creer y no creer son la misma cosa. Si se me demostrara ahora mismo la luminosa existencia de Dios, ello no cambiaría estrictamente nada en mi comportamiento (...) La Ciencia no me interesa. Me parece presuntuosa, analítica y superficial. Ignora el sueño, el azar, la risa, el sentimiento y la contradicción, cosas que son preciosas (...) Yo he elegido mi lugar, está en el misterio [que], al menos, preserva mi libertad moral (149).

En alguna parte entre el azar y el misterio, se desliza la imaginación, libertad total del hombre. Sólo hacia los sesenta o sesenta y cinco años de edad comprendí y acepté plenamente la inocencia de la imaginación. Necesité todo ese tiempo para admitir que lo que sucedía en mi cabeza no concernía a nadie más que a mí, y que había que dejar ir a mi imaginación, aun cruenta y degenerada, adonde buenamente quisiera (150).

(\*) Buñuel hizo esta afirmación en numerosas ocasiones, pero según su hijo Juan Luis la frase pertenece a Bernard Shaw.

## De nuevo América

En 1939, el embajador me propuso que regresara a Hollywood y consiguiera un contrato como *historical advisor*. Mi antiguo supervisor me aceptó inmediatamente como asesor histórico. Me disponía a comenzar mi trabajo, cuando llegó una orden de Washington que prohibía toda película sobre la guerra de España. Intenté ganarme la vida. Concerté una cita con Chaplin, pero él, que había rehusado firmar un llamamiento en favor de la República -mientras John Wayne presidía un comité en favor de Franco- me dio plantón. Aislado y sin recursos, decidí ir a Nueva York para buscar trabajo. [Acepta el encargo de rehacer el montaje de dos películas nazis, una de ellas *El triunfo de la voluntad*, de Leni Riefenstahl; consigue un trabajo como editor en el MOMA] Mi misión: seleccionar películas de propaganda antinazi destinadas a América del Norte y del Sur (155).

Dalí estaba también en Nueva York. En febrero de 1934, en París, casado ya con Gala. Fui a verlo. Respondió a mi emoción con la más absoluta indiferencia. Más tarde, durante la guerra de España, manifestó en varias ocasiones sus simpatías por los fascistas. En su libro *La vida secreta de Salvador Dalí*, que apareció en aquellos momentos, habló de mí como de un ateo. En cierto modo, esto era más grave que una acusación de comunismo. [A consecuencia de la campaña católica en su contra, Buñuel dimite.] Otro periodo negro, tanto más cuando que mi ciática se había vuelto tan dolorosa que tenía que desplazarme con muletas. Tenía cuarenta y tres años. Cito un día a Dalí. Le digo que es un cerdo, que por culpa suya estoy en la calle. Me responde: «Escucha, he escrito ese libro para hacerme un pedestal a mí mismo, no para hacértelo a ti». Con ayuda del champagna -y de los recuerdos y el sentimiento-, nos separamos casi amigos. Pero la ruptura es profunda (157). Su vida sexual fue prácticamente inexistente. Gala es la única mujer con la que ha hecho realmente el amor (158).

## Hollywood, continuación y fin

En la Warner Brothers se me propone volver a Los Ángeles para ocuparme de nuevo de versiones españolas. Acepto. Esta vez permanecí dos años en Los Ángeles. Concluía la época de las versiones diferentes. El doblaje ganaba definitivamente la partida. [De nuevo sin trabajo, acepta realizar en París la versión cinematográfica de *La casa de Bernarda Alba*.] A mí no me gustaba mucho esta obra, pero acepté [El proyecto se viene abajo y recibe una oferta de Oscar Dancigers] (162).

*Robinson Crusoe* tuvo mucho éxito en casi todas partes. Por esta película en inglés cobré una suma irrisoria, pero no tenía agente ni abogado para defenderme (164). *The young one* fue rodada íntegramente en México. La película no gustó a nadie. El sistema moral no podía aceptarla (165). [Colaboración con Trumbo en el guion de *Johnny cogió su fusil* (166).] Para acabar con mis proyectos americanos, añadiré que Woody Allen me propuso interpretar mi propio papel en *Annie Hall*. Tras algunas vacilaciones, rehusé. Finalmente, fue Mac Luhan quien interpretó su papel (166).

[Incluido en una lista negra por su apoyo a la revista antifranquista *España libre*.] Cada vez que pasaba por los Estados Unidos, me veía sometido a las mismas medidas discriminatorias, tratado como un gángster. Esta inclusión en la

lista negra no desapareció hasta 1975. No regresé a Los Ángeles hasta 1972, con motivo de la presentación de *El discreto encanto*. Recibí de George Cukor una invitación a comer. [Cukor prepara una reunión en su honor, con John Ford, Hitchcock, Wyler, Wilder, Stevens, Mamoulian, Wise, Mulligan...; al día siguiente es invitado por Fritz Lang (168).]

### **México (1946-1961)**

Vivo en México desde 1946. Soy, incluso, ciudadano mexicano desde 1949. He rodado en México veinte películas (sobre un total de 32). A veces, he tenido que aceptar temas que yo no había elegido y trabajar con actores muy mal adaptados a sus papeles. Sin embargo, creo no haber rodado nunca una sola escena que fuese contraria a mis convicciones, a mi moral personal. En estas desiguales películas, nada me parece indigno (169).

Mi primera película mexicana, *Gran Casino*, sólo obtuvo un modesto éxito. Entonces, se me «castigó». Permanecí dos años y medio sin trabajar. Vivíamos del dinero que me mandaba mi madre. En 1949, Dancigers buscaba un realizador honrado y dócil. Acepté. la película se titula *El gran calavera* (171). [Fue un éxito. Entonces rodé *Los olvidados*.] Estrenada bastante lamentablemente, la película permaneció cuatro días en cartel y suscitó en el acto violentas reacciones. Sindicatos y asociaciones diversas pidieron inmediatamente mi expulsión. A finales de 1950, volví a París para presentarla. Todos mis amigos surrealistas vieron la película y se sintieron, creo, impresionados por ella. Sin embargo, al día siguiente, Sadoul me confió, agitado, que el partido comunista acababa de pedirle que no hablara de la película, porque era burguesa. Por suerte, unos meses después el director soviético Pudovkin vio la película y escribió un artículo entusiasta en Pravda. La actitud del partido comunista francés cambió de la noche a la mañana. Otro adversario de la película fue el embajador mexicano. Todo cambió después del festival de Cannes. La película conoció un gran éxito, obtuvo críticas maravillosas y recibió el Premio de Dirección. Tras el éxito europeo, me vi absuelto del lado mexicano y la película se reestrenó en una buena sala de México (173).

El mismo año, realicé *Susana* (...) Lamento no haber subrayado la caricatura en el final. Un espectador no avisado puede tomarse en serio este desenlace. Tres películas en 1951 (*Una mujer sin amor*, sin duda mi peor película). Rodada en 1952, *Él* es una de mis películas preferidas. La acción podía desarrollarse en cualquier parte, pues se trata del retrato de un paranoico. Los paranoicos interpretan siempre la realidad en el sentido de su obsesión, a la cual se adapta todo. En general, la película fue mal recibida. Jean Cocteau declaró que con *Él* yo me había «suicidado». Me fue ofrecido un consuelo por Lacan, que la presentó a sus alumnos en varias ocasiones. En México, un desastre (175).

### **A favor y en contra**

Era costumbre entre los surrealistas decidir definitivamente acerca del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo bello y de lo feo. Existían libros que había que leer, otros que no había que leer, cosas que se debían hacer, otras que se debían evitar (186).

Me sentí muy impresionado por el testamento de Sade, en el que pide que la Humanidad olvide sus obras y hasta su nombre. Desearía poder decir lo mismo de mí. Viva el olvido. Yo solamente veo dignidad en la nada (187). Sólo soy

sensible a la civilización grecorromana. No me gusta la civilización árabe, la india ni, sobre todo, la japonesa (189).

Siento horror a las multitudes. Llamo multitud a toda reunión de más de seis personas (192). Detesto la proliferación de la información. Si yo fuese dictador, limitaría la Prensa a un sólo diario y a una sola revista, ambos estrictamente censurados. No me gustan los poseedores de la verdad, quienes quiera que sean. Me aburren y me dan miedo (196). Yo soy antifanático (fanáticamente). No me gustan la psicología, el análisis y el psicoanálisis. Por otra parte, la lectura de Freud y el descubrimiento del inconsciente me aportaron mucho en mi juventud (196). ... mi ambigüedad natural (197).

### **España-México-Francia (1960-1977)**

Volví a España en 1960, por primera vez desde 1936. Al igual que a mi regreso a París, diez años antes, me echaba a llorar a veces, al pasar por tal o cual calle. [Conoce a Alatriste; escribe el guion de *Viridiana* y Alatriste propone rodarla en España, lo que suscita las protestas de los exiliados en México] La película fue rodada en Madrid. La llamé *Viridiana* en recuerdo de una santa poco conocida. [Recuerda Conchita:] Nos alojamos en el piso 17 del único rascacielos de Madrid. Había cuatro camas en el apartamento, pero Luis dormía en el suelo, con una sábana y una manta (201).

*Viridiana* provocó en España un escándalo bastante considerable, que me absolvió ante los republicanos establecidos en México. A causa de un artículo aparecido en L'Observatore Romano, la película, que acababa de obtener en Cannes la Palma de Oro como película española, fue inmediatamente prohibida y destituido el director general de Cinematografía. Franco pidió ver la película. Creo incluso que la vio dos veces y que no encontró en ella nada muy censurable (después de todo lo que había hecho, la película debía parecerle bien inocente). En Italia, el procurador general de Milán la prohibió, entabló proceso judicial contra mí y me hizo condenar a un año de cárcel si ponía los pies en Italia. Vittorio de Sica vio la película en México y salió de la sala horrorizado. Le preguntó a Jeanne, mi mujer, si yo era realmente monstruoso y si llegaba a pegarle en la intimidad. Ella respondió: - Cuando hay que matar a una araña, me llama a mí (204).

Creo que nada es más importante en la fabricación de una película que un buen guion. En un guion me parece lo esencial el interés mantenido por una buena progresión. Se puede discutir el contenido de una película, su estética (si la tiene), su estilo, su tendencia moral. Pero nunca debe aburrir (209).

### **El canto del cisne**

[Lamento lírico de un hombre aquejado por diversas afecciones, las piernas, los ojos, la cabeza... "Soy viejo, ésa es mi principal enfermedad." Incapaz de trabajar, de leer, de escuchar música, se aburre. Por la mañana, "me aburro hasta mediodía"; por la tarde, "de tres a cinco, es el momento en que más me aburro." Ya no va al cine, ¿para qué?, si ni ve ni oye. En compañía de Jeanne, Buñuel se siente "solo". "A veces transcurre una semana entera sin que reciba ninguna visita." Su única actividad es apuntar en un cuaderno, que llama *El libro de los muertos*, los nombres de sus amigos fallecidos, centenares ya.]

La información, presentada de ordinario como una conquista, como un beneficio, a veces incluso como un derecho, quizá sea en realidad el más pernicioso de nuestros jinetes [del Apocalipsis], pues sigue de cerca a los otros tres y sólo se alimenta de sus ruinas. Si cayera abatido por una flecha, se produciría muy pronto un descanso en el ataque a que nos hallamos sometidos (216).

La vida humana no tiene para mí más valor que la vida de una mosca. Respeto toda vida, incluso la de la mosca, animal tan enigmático y admirable como un hada (216).